

MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.
—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Baylli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guijarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

LA FLOR DE LAS RUINAS, (1)

RELACION DE UN SUCEDIDO.

POR FERNAN CABALLERO.

(Conclusion.)

CAPITULO IV.

Por aquel tiempo habia en la parte alta de Lisboa, un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no habia sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrepitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte,—como los tienen las ruinas que hace el tiempo,—teniendo aquellas el repulsivo sello de la destruccion, como las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzabanse aun trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías, parecían ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecían entradas de cuevas. Los patios, y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna discolorida ortiga, ó algun silencioso lagarto, que vestia del color de las piedras, para no ser apercibido. Un débil eco respondia desde algun lóbrego pasadizo, con exhausta é indistinta voz á las melancólicas reflexiones que infundian y hacian formular al que las pisaba, aquella aglomeracion de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habian desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades; con que aun la mas modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podia verse que fuese mas antipático á la vista y al sentir que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecian la residencia del misterio absoluto, la mansion del crimen impune, y el refugio de la desolacion solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban, estaba el magnifico paseo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo mas lejos, y á orillas del Tajo, corrían presurosos por las soberbias plazas, el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que destruye y aparta mas que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye mas que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra, renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se habia instalado alguno que otro de esos pájaros voluntarios, que viven aislados, porque ese aislamiento que se compece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de anéas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habian sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veian algunos cerdos arrellanarse como sibiritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerrador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

(1) Obras completas de FERNAN CABALLERO.—Relaciones.—Véase el número anterior.

¡Cuál no seria, pues, el espanto de Pedro, cuando precedido de su guia, llegó á este lugar de desolacion, que fué al que lo condujo; y cuando empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

—¿A dónde me conduces? exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

—¿No te lo decia yo? respondió ella con abatimiento, ¿no te lo decia? ¡que las ruinas despojarían á la flor de su prestigio!

—Pero, exclamó Pedro; ¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Por qué con inconcebible extrañamiento y orgullo, has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podia admitirlos; en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Por qué?

—Porque soy esclava.

—¿Esclava! ¿de quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme, y huir de su cruel tiranía, y siempre éstos ensayos me han salido fallidos, y me han costado caro! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento, por una dislocacion que ha sufrido; y comprenderás no solo el yugo que sobre mí pesa, sino tambien el peligro en que estaria mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese, sabria encontrarme su puñal.

—¿Y á qué te obligan, infeliz?

—Me obligan á cuidar de su casa, y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan en seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

—¿Qué dices? exclamó Pedro aterrado.

—¡Sí, sí! prosiguió ella con vehemencia desesperada; ¡sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca...

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apercibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oídos que la escuchasen, y ojos que la espíasen.

—Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspension; ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz: ¡los... asesinan!...

—¿Qué espanto! exclamó Pedro desviándose de ella. ¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

—¡Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa! ¡por eso me he resistido á ello con tanta obstinacion! Y cuando obligada por tí te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos, cuando con obedecerte, he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! solo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

—¿Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! Por el amor que te tenia, que me hacia imposible traerles mas victimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre flor de las ruinas, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco ha amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Miseras desheredadas de perdon, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esa mujer decia era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

CAPITULO V.

—¡Cristo crucificado! ¡ellos son! exclamó la joven, aterrada al oír los golpes.

—¿Quiénes?... preguntó Pedro.

—Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia! respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

—¿Qué hacer, Madre de piedad, qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desatentados ojos, como para buscar un medio de salvacion que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candel colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Despues de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvencciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hacia Pedro, sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escudó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

—¡No, no le mataréis sin atravesar antes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo, y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe: por lo cual los foragidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

—¡Por Dios, hermanos! gimio su pobre hermana, que se habia arrastrado sobre sus rodillas hasta sus pies; ¡os pido que no le mateis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la mía! ¡Tened piedad... una vez siquiera! ¡tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

—¡No, no le matareis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no le soltais por compasion, lo hareis por temor de mi venganza. Y eso que vosotros no sabeis hasta donde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

—¡Atadla! mandó el hermano mayor.

—¡No, no! ¡matadme de una vez, si no quereis que venga la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos! pero yo lo impediré: que la desesperacion dé fuerza y valor: y si no lo logro, me vengaré,—¡tan cierto como hay en el Cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra!—delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hacia ella; mas el menor le detuvo diciéndole:

—No exasperarla más; está fuera de tino, y es capaz de todo.

—Pero no se puede dejar ir á este hombre, repuso el mayor.

—¡Saquémosle de aquí, propuso el menor.

—¿Cómo! ¡si hace una luna que deslumbra!

—¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para mas seguridad lo disfrazaremos; repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

—Saca tambien la mordaza, advirtió el que hasta entonces habia callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de pies y manos á su infeliz hermana, que se reprecutía con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles esfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y calándole la capucha, salieron á la ancha calle que tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caia perpendicularmente sobre la tierra, que ape-

nas hacían sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndole el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apenas habían llegado á la mediación de la calle, cuando de repente oyeron una voz rética y de mando que les gritó:

—¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

—¡Es una ronda, y somos perdidos, huyamos! dijo el menor de los hermanos.

—¡Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago;—si hacéis un solo movimiento, sois muerto! dijo á Pedro.

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

—¿Quién vá? preguntó el que hacia de cabeza.

—Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que decían era cierto, viendo al callado religioso; y Pedro sin poder exhalar el más leve sonido, ni hacer el más mínimo movimiento, oyó con desesperación alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

—Aligerar el paso dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas. Mas antes de llegar á ellas volvió á oírse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

—¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados, precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corría y gritaba con desgarrador acento:

—¡Salvad! salvad! y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubría la cabeza y el rostro de Pedro, exclamando con delirio: ¡está salvo! ¡Bendita sea la Providencia y la justicia de Dios! ¡Librese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz? exclamó Pedro.

—Lo que solo me quedaba que hacer, contestó ella: procurar tu salvación y buscar mi muerte.

—¡Oh! no morirás, que yo te salvaré! exclamó Pedro.

—No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual ántes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su acción, había cumplido su amenaza.

—¡Oh! ¡qué frío es este acero! dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. ¡A Dios... Pedro! añadió dirigiéndose á éste que se había precipitado á ella y la sostenía en sus brazos:—muero por haberte salvado; y así es mi muerte mas feliz que lo ha sido mi vida!

—¡No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del Cielo y del mundo.

—¡No, no! repuso en balbuciente voz la moribunda: la flor de las ruinas debe morir entre ellas... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones, añadió alzando sus ya quebrantados ojos, ten conmigo la compasión que los hombres no han tenido!

Algun tiempo después, se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales, uno atraía con particularidad la atención de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente. Mientras, en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultados de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

LOS MOROS MUDEJARES. (4)

POR

DON FLORENCIO JANER.

(Continuacion.)

I.

Reconquista bajo los reyes de Asturias, de Oviedo y después de Leon.

AÑO 711 AL 1037.

Increible es la rapidez con que los árabes se apoderaron de nuestra patria después de la malhadada batalla de Guadalete. Las dilatadas provincias

Tarraconense, Bética y Lusitania quedaron sumisas al yugo del vencedor soberbio, que había blandido la cimitarra donde quiera que se intentara resistencia. Oporto, Braga y Salamanca, Gerona, Huelva y Barcino, vieron tremolar sobre sus robustos y antiguos muros el estandarte de la media luna: en todo el territorio meridional de la Península resonaban también las ligeras armaduras de los sarracenos y se oía el habla de Sechelmese y de Numidia.

Hallábase la hermosa Iberia condenada á ser esclava de extrañas y diversas gentes, pues los fenicios y los rodios, los cartagineses y romanos, los suevos, los vándalos y los godos, habían señalado la estancia en ella con sangre unas veces, otras veces imponiendo su dura ley á los primitivos españoles. La opresión de los árabes fué, al contrario, benéfica, pues si arraigaron su poder con la cimitarra y levantaron almenados torreones en las góticas fortalezas, dejaron en cambio al vencido su religión, sus leyes y sus costumbres.

Y sin embargo, no todos los hispano-godos se avinieron gustosos al yugo mahometano: muchos prefirieron la libertad de las ásperas montañas, refugiándose en las inaccesibles cumbres de los territorios septentrionales; y allí, llenos de un entusiasmo indefinible, concibieron el audaz proyecto de rechazar la invasión sarracena, propósito tanto mas difícil, cuanto que se hallaban desposeídos de sus hogares y de los medios todos de agresión y defensa. Eran dueños no obstante de una viva fé, que se acrecentaba con el comun infortunio, y aunque diversos los hábitos, los pareceres y las inclinaciones de la muchedumbre reunida en los montes de Asturias, supieron crear una sociedad, hermanando los principios con los cuales toda sociedad puede crecer, desarrollarse y mantenerse. Agrupáronse en torno de la sagrada enseña de la Cruz, con la fraternidad y concordia que difunde el cristianismo, eligiendo un rey que los acudillara y defendiera.

Elevado á tan alta dignidad Pelayo, de la estinguida casa real de Chindasvinto, no solo pensaron en guerrear los desamparados recogidos en el Norte de la Península, sino en bajar á las llanuras, reconquistando el territorio todo de su patria. El espíritu religioso constituía en cuerpo de nación á los que rehusaron aceptar la ominosa servidumbre de los moros, y el principio monárquico les aguraba la victoria. Los proscripciones, adorando á un mismo Dios, ligados por una misma ley, consagrados á una misma empresa, debían ser mas fuertes que los invasores, hombres sin temor, sin esperanzas, adormecidos por el fatalismo en la prosperidad, desalentados por el mismo dogma en el infortunio. Pero bien pronto la suerte en los combates hacia esperar á los cristianos un porvenir halagüeño, si bien antes de enarbolar en sus banderas los trofeos de la victoria, cuánta sangre derramada, cuántas lágrimas vertidas en el trabajo árduo y gigantesco de la reconquista!

Ocupábase los árabes con particular empeño en estender sus conquistas al otro lado de los Pirineos, cuando sabedores de la formación de una sociedad y de un gobierno en los elevados riscos del Norte de España, enviaron aguerrida hueste que desalojara de allí á los intrépidos cristianos. Atrincheros estos en las angosturas de Covadonga, recibiendo con ardor, la rechazaban y exterminaban, sin perdonar ni un soldado, y levantando el primer grito de independencia, fortifican en Asturias los cimientos de la gran monarquía española (1).

Alfonso I, el Católico, después de Pelayo y de Favila (2), enardeció hasta lo sumo el afán religioso y batallador de los montañeses, estendiendo asombrosamente sus dominios, y entonces conoce el Islam que los soldados de la Cruz no son ya los débiles guerreros vencidos junto las aguas del Guadalete. Época de desolación y de trastorno debió ser aquella en que desenvainando Alfonso el acero, y seguido de sus toscos y desaliados combatientes, acompañaba con el sobresalto, el saqueo y la muerte, sus descendidos de las cumbres asturianas, incendiando las ciudades, degollando las guarniciones africanas, llevándose consigo los niños y las mujeres de los vencidos, revueltos con los vecindarios cristianos que habían quedado bajo el yugo árabe, y que aquel caudillo precisaba á seguirle á sus montañas. Mas la guerra ofrecía también gérmenes de civilización y de familiaridad recíproca entre moros y cristianos, pues repartidos los árabes prisioneros entre los principales

caudillos asturianos, eran aplicados en servidumbre al cultivo de las tierras (1), y de aquí nacían vínculos de amistad, relaciones civiles de esclavos y libertos, que ayudaba todo no poco á borrar la primitiva fiereza de la represalia y de la guerra. De tal modo la continuada lucha apartaba el terror con que ambas razas se habían mirado al comenzar la reconquista, que el católico Alfonso no reparaba en partir el lecho con una bella cautiva musulmana, de cuyo trato amoroso fué Mauregato el fruto que mas adelante debía ocupar el solio (2).

Con el entusiasmo que las primeras victorias difundieron en los moradores de los riscos de Asturias, no supieron contentarse con bajar á pelear al llano y retirarse cargados de botín á las alturas; no quisieron habitar mas tiempo en las grutas de los montes ni entre las malezas de los bosques, porque su valor les sugería medios de apoderarse de los pueblos comarcanos y aprovecharse del fruto de las campañas. Así lo hicieron durante los reinados de Fruela I y de Aurelio, en que sin apartar de su lado el arco y las saetas, poblaron los lugares abandonados, reedificaron los que había arruinado la mano del enemigo, y en todas partes levantaron pequeños templos, desde donde, con la sencillez del pobre, pedían á Dios la fortuna de sus armas. La paz interior de que gozaba entonces el nuevo reino, solo se vió turbada una vez por rebelión de esclavos y libertos árabes, que lejos de agradecer el buen trato recibido intentaron quitar la vida á sus dueños; pero reñados con la fuerza y con la industria, se apagó un foco de perdición que de otro modo hubiera podido llamar sobre aquel rincón de la Península el poderío todo de las armas sarracenas. Sin embargo, con el diverso carácter de los reyes variaba también la índole de la existencia de nuestros bravos españoles, pues ora vivían en paz con los africanos, como sucedió reinando Silo, Mauregato y Bermudo I, ora resonaba la bocina del combate en las fronteras, y se lanzaban presurosos contra el enemigo, cubriendo los campos de cadáveres (3).

Frecuentes ejemplos de escaramuzas, talas y cautiverios podria ofrecernos la historia del reinado de Alfonso II, llamado el Casto; mas aquí solo ponderaremos el celo con que supo enriquecer á Oviedo, su corte, y construir la célebre basilica del Salvador. Ramiro I y Ordoño I dieron también continuas pruebas de celo, de prudencia y gallardía, con cuyas prendas enaltecieron la religión, administraron justicia con acierto, y estendieron sus límites cercenando con la espada grandes trozos de los Estados agarenos; en términos de que fatigados los moros por tan continuos embates, solicitaron treguas para remediar los males de sus propios dominios, conmovidos por los heterogéneos elementos que encerraban de mozárabes, de sarracenos de diversas prosapias, y de muzlitas. No de otro modo se esplican las continuas querellas, las interminables luchas entre los emires de unas y otras ciudades del territorio subyugado á la media luna; luchas y querellas que, encendiendo la guerra fratricida entre los árabes, favorecieron en gran manera el adelanto de los campeones del cristianismo.

Pero entre las causas que principalmente influyeron en el afán regenerador que llevó la enseña de la Cruz desde la basilica de Oviedo hasta las mezquitas de Córdoba, de Sevilla y de Granada, debemos contar el descubrimiento y culto que obtuvo el sepulcro de Santiago, sobre cuya losa acudieron los fieles de todas las naciones jurando morir por la fé de Jesucristo.

Allí nacía aquel entusiasmo sacrosanto que mantuvo tan vivo el celo por nuestra religión y su emblema salvadora: de allí partían continuas expediciones contra la morisma, capitaneadas por los reyes y por los arzobispos, que tan pronto empuñaban el báculo de pastor como la maza de armas del guerrero, y barajados clérigos y obispos, soldados y campesinos, atravesaban las fronteras, entraban en tierras de moros y sembraban doquier el espanto y la desolación. A semejante ardor belicoso debióse la victoria de Clavijo; y no contento con ella el rey de Asturias y Galicia, Ordoño I, emprendió nuevas correrías, entrando en Lusitania, arrasando la campaña de Lisboa, incendiando á Cintra, y arrastrando consigo numerosos rebaños y cautivos de ambos sexos. En los reinados subsiguientes de los Alfonsos, Fruelas y Ordoños, se engrandecía el reino de Oviedo y establecía la cór-

(1) Como hacían también los sarracenos con los cristianos subyugados.

(2) De serva notus.—SERAST. SALM. CHR. núm 49.—No debemos extrañar este hecho, pues mas fué lo que hizo el conquistador Abdelaziz en el año siguiente al de la irrupción sarracena, tomando por esposa á Egilona, reina viuda del último monarca goda, Rodrigo, desaparecido en la batalla de Guadalete.—RABIS. BIB. ARAB. HIST. tomo 2.º, pág. 324.—DON RODRIGO, HIST. ARAB. G. 9.

(3) No pudiendo descender á pormenores, remitimos al lector á las siguientes obras: *Crónica de los Príncipes de Asturias y Cantabria*, por fray Francisco Sota.—Madrid, 1681. *Historia de la ciudad y corte de Leon y de sus reyes*, por el padre Risco.—Madrid, 1792. *Historia de las grandezas de la ciudad e Iglesia de Leon*, por fray Atanasio Lobera.—Valladolid, 1806. *Anales del reino de Galicia*, por don Francisco Huerta y Vega.—Santiago, 1738, etc. etc.

(1) Véase el número anterior.

SERAST. SAL. CHR.

te en Leon, porque continuando aquel espíritu afanoso de reconquista, el acero de los valerosos montañeses añadía al solío cristiano las ciudades de Coimbra, Braga, Oporto, Auca, Emina, Viseo, Lamego, con otras plazas fronterizas, y castigaba el orgullo árabe en las jornadas de Orbigo, Pancorbo y Zamora, y en las batallas de Osma y de Simancas.

Las cosas de los cristianos y las de los árabes mantuvieron poco mas ó menos en el mismo estado, mientras reinaron en Asturias y Leon el primero de los Sancho y el tercero de los Ramiro; mas tan luego como empuñó el cetro Bermudo II, recobraron los árabes su preponderancia y no pudieron adelantar un paso las belicosas huestes de los cristianos. Puesto al frente de los ejércitos andaluces Almanzor, verdadero leon indómito en las batallas, sufrieron de nuevo el yugo mahometano Pamplona, Santiago y cuantos pueblos no tuvieron la fortuna de resistir al torrente devastador que, cual en los años de la invasión sarracena, salía de los muros de Córdoba y de Granada. La corte misma de Leon fué entregada á las llamas; Astorga y Valencia de Don Juan vieron ondear sobre sus muros las oriflamas musulmicas; el condado de Castilla perdió sus mejores fortalezas; la Lusitania, en fin, y la Galicia no presenciaron otras escenas que desolación y cautiverio, pillaje y esterminio. Las montañas inaccesibles, las rocas escarpadas, fueron el único asilo que pudieron obtener los príncipes cristianos, y cincuenta batallas campales, como esclama un escritor, perdieron entónces los descendientes de Pelayo: jamás los adoradores de la Cruz habían visto levantarse días mas nebulosos para ellos en el horizonte de la Península española, desde que fueron rotas y deshechas en las orillas del Guadalete las espesas falanges de los godos; jamás el Dios de los ejércitos había puesto en sus labios una copa tan llena de amargura, desde que los condenó á cautiverio y servidumbre, haciéndolos juguete de sus iras.

Pero los cristianos despertaron por fin de su letargo, y recobrados de su pavor y de sus desastres, enarbolaron de nuevo el estandarte de la Cruz, juraron bajo su sombra el olvido de sus rencores, y los fugitivos de Leon, de Navarra y de Castilla hicieron frente en Calatañazor al coloso del siglo. La fortuna, en aquel trance, rehusó á Almanzor sus caricias, y la hueste africana quedó completamente derrotada. Era la vez primera que en sus ejércitos no resonaban los himnos de victoria; y avergonzado aquel caudillo, que había conmovido la España toda al son de su renombre, dejóse morir de hambre en Medinaceli, á la edad de 65 años lunares. Entonces, como dijo Donoso Cortés, sucedió que el vasto Imperio de Córdoba, huérfano del capitán que le amparaba con su escudo, que cubría su debilidad con su grandeza, y su desnudez con su resplandeciente vestidura, se desmembró, dividiéndose en efímeros y pequeños principados. «El gigante fantástico, y aterrador del Islamismo se devoró entonces á sí propio después de haberse presentado para reclamar su herencia en las mas apartadas regiones, y cuando soñaba, en su delirio, rodear con sus nerviosos brazos al mundo; porque después de la muerte de Almanzor la terrible unidad del Imperio de los Califas fué quebrantada y dividida en fracciones.» Los cristianos recobraron en breve todo el territorio perdido, y mientras en el reinado de Bermudo III adelantaban la reconquista, la raza árabe se precipitaba en brazos de guerras intestinas, recogiendo solo por fruto la mas completa anarquía.

(Se continuará.)

INFLUENCIA PERNICIOSA DE LOS MALOS LIBROS.

Quod nec Jovis ira, nec ignis,
Nec poterit femun, nec edax abolere vetustas.
Ovid. Met. XV. 871.

El lema que antecede, y el artículo que vamos á trasladar á las columnas de EL MONITOR, no es nuestro, pertenece á la pluma del célebre moralista inglés Addison, quien el 10 de setiembre de 1711 escribía en EL ESPECTADOR (*The Spectator*) lo que van á ver nuestros lectores. Le traducimos con tanto mayor gusto, cuanto que no solo presentamos uno de sus mejores opúsculos, sino lo verificamos en momentos de oportunidad, esto es, en circunstancias en que con tanto afán se procura investigar, si la censura eclesiástica ha ó no cumplido con uno de sus mas sagrados deberes prohibiendo la circulacion en España de ciertos libros que atacan al dogma y á la moral.

Hé aquí el artículo:

«Dichos Aristóteles, que el mundo es una copia ó representación de las ideas que están en el alma del Creador, y que las ideas que están en el alma del hom-

bre son una representación del mundo. Se puede añadir que las palabras son la representación de las ideas que están en el alma del hombre, y que la escritura ó la impresion constituye la representación de las palabras.

«Como el Ser Supremo ha manifestado, y en cierto modo impreso sus ideas en la creacion, los hombres espresan las suyas en los libros, que gracias al importante descubrimiento de los últimos siglos, pueden durar tanto tiempo como el sol y la luna, y únicamente perecer en la catástrofe general de la naturaleza. Por eso se encuentra en el poema de Cowley sobre la resurreccion, á propósito de la destruccion del universo este admirable pasaje:

—Entonces el vasto pabellon del cielo, y todos sus mundos armoniosos, y las obras sagradas de Virgilio, perecerán sin remedio.—(1)

«No hay ningun otro método para fijar los pensamientos que brotan y desaparecen en la mente del hombre, y transmitirlos á las edades mas lejanas; ningun otro método para asegurar una permanencia efectiva á nuestras ideas, y recoger los conocimientos de uno de nuestros semejantes, cuando su despojo se confunde con el polvo comun y su alma se retira á la region de los espíritus. Los libros son leyes que un gran genio deja al género humano, y que pasan de generacion en generacion, como presentes para la posteridad de los que todavía no han nacido.

«Las demás artes que perpetúan nuestras ideas tienen una existencia pasajera. Las estatuas no duran mas que algunos millares de años, los edificios menos todavía. Miguel Angel, Fontana y Rafael, serán, andando el tiempo, lo que son hoy Fidias, Vitruvio y Apeles, nombres de grandes estatuarios, arquitectos y pintores cuyas obras se han perdido.

«Hay una circunstancia que eleva á los autores á un grado superior á todos los grandes maestros; ellos pueden multiplicar sus producciones originales, ó mas bien sacar copias de sus obras en tanto número como quieran, y tan preciosas y acabadas como los mismos originales. Este privilegio da hasta cierto punto á los autores una prenda de inmortalidad, pero les quita al mismo tiempo otras ventajas que los artistas poseen. El artista gana en salario lo que el autor gana en reputacion. ¿Qué precio no obtendrían un Homero ó un Virgilio, un Aristóteles ó un Cicerón si sus obras pudiesen como una estatua, como un monumento ó un cuadro, ser el adorno de un solo lugar, y la propiedad de una sola persona!

«Puesto que los escritos son tan durables, y pueden transmitirse de edad en edad en todo el curso de los tiempos, ¿cuán grande debe ser el cuidado de un escritor para no confiar á la imprenta todo aquello que pueda corromper la posteridad y derramar en el alma de los hombres, el veneno del vicio ó del error! Los escritores de un gran talento que emplean su pluma para [esparcir la inmoralidad y para revestir con los encantos de la imaginacion ó del chiste sentimientos perversos, debe considerarse como azotes de la sociedad y como enemigos del género humano. Semejantes á aquellos moribundos, cuyo mal dicen, que les inspira un especie de malevolencia hacia su propia raza, dejan á su espalda libros para propagar el contagio y perder á los que les suceden.

«Yo he visto á varios autores cristianos asegurar que los escritores levemente peligrosos, quedan en el purgatorio tanto tiempo cuanto la influencia de sus escritos se estiende por la posteridad; pues el purgatorio tiene por objeto la espiacion de nuestros pecados.

«Quiero terminar este ensayo con la historia de un autor ateo, quien en un momento en que se sentía peligrosamente enfermo, reclamó la asistencia de un sacerdote vecino suyo, y le confesó con viva contricion, que nada le causaba mas remordimientos que el recuerdo de haber estraviado á sus contemporáneos por medio de sus escritos, y el temor de que su funesta influencia le sobreviviese. El sacerdote, después de un corto exámen, viendo al enfermo dominado por las mas crueles alarmas, le dijo para consolarle que le parecia que su posicion no era tan desesperada para abrigar tanto temores, puesto que le veía penetrado de su error, conmovido y sinceramente arrepentido. El penitente insistió sobre la pernicioso tendencia de su libro á destruir la religion, y sobre la poca esperanza que podía tener un hombre cuyos escritos continuarian haciendo daño aun después de que su cuerpo estuviese reducido á cenizas. El sacerdote, no encontrando ningun medio para poderle consolar, le repuso, que hacia muy bien en aligirarse por la mala intencion que habia tenido en publicar su libro; pero que debia dar gracias al cielo porque ya

no era culpable, que su causa era tan mala, y tan débiles sus argumentos, que no habia ningun efecto enfadoso que temer; en una palabra, que podía estar cierto de que su libro no haria daño á nadie después de su muerte, así como tampoco lo habia hecho durante su vida. Añadió para mejor tranquilizarle, que se fuese al otro mundo persuadido de que nadie mas que sus conocidos y amigos íntimos, se hubiesen tomado el trabajo de leerle, y que ninguno en lo sucesivo se ocuparía de su obra. El moribundo conservaba todavía bastante debilidad de autor para que su amor propio no se resintiese con este género de consuelos, y sin responder al sacerdote preguntó á sus amigos con la actitud natural de los enfermos, donde habian ido á buscarle á aquel imbécil, y si creian que habian elegido á una persona capaz de asistirle en su posicion.

«El sacerdote, viendo que el autor pretendía que le tratasen, no como penitente, sino como un hombre de importancia, después de una breve exhortacion se retiró, no dudando que volverian á llamarle si el enfermo se agravaba. El actor mejoró de sus dolencias, y posteriormente escribió otras dos ó tres disertaciones en el mismo sentido, y felizmente para su pobre alma, con el mismo éxito (1).»

The Spectator—núm. 166
Monday, September, 10, 1711.

I. A. BERMEJO.

Modo de proveerse de un barómetro barato, mas exacto que los que circulan en el comercio. Se toma medio grano de alcanfor y otro tanto de salitre y sal amoniaco. Se disuelven estos ingredientes por separado en aguardiente puro, por lo menos de 18 grados, lo que se verifica pronto con las sales, y mas lentamente con el alcanfor. Para acelerar esta operacion se puede echar un poco de agua tibia en la vasija en que se quiere obtener la disolucion alcanforada. Disueltas estas materias en un frasco de forma oblonga por el estilo de los de agua de colonia, se le pone un tapon que luego debe cubrirse con lacre. Luego se cuelga en cualquier sitio, con tal que mire al Norte. Las cristalizaciones que se efectúan en el interior del frasco marcan fielmente las variaciones del tiempo. Si el liquido está limpio anuacia buen tiempo; si se enturbia señal de lluvia; si se cristaliza en el fondo, aire pesado ó heladas; si se ven una especie de estrellitas en el liquido, presagia tempestad; si se forman copos, pronostica tiempo cubierto ó nieve; si se ven filamentos en la parte superior, vientos; si unos puntos pequeños, tiempo húmedo y nebuloso. Cuando los copos suban y se sostengan en la superficie del liquido, el viento se desarrollará en las capas superiores de la atmósfera. Cuanto mas suba la parte helada mas riguroso será el frío.

(Monitor de las Invenciones.)

¡Pobre madre! Los periódicos de Suiza refieren un caso de fecundidad de mujer, que casi causa estremecimiento. En un pueblo del canton de Schwitz existe un joven matrimonio que en el discurso de tres años ha tenido la friolera de cuatro pares de gemelos, con la circunstancia de que en un solo año nacieron cuatro criaturas. Los ocho hermanitos, de los cuales el mayor no ha alcanzado aun la edad de cuatro años, viven y están sanos y rollizos.

Servicio de omnibus. Los omnibus de París han trasportado el año próximo pasado en un todo, hasta 82.000.000 de personas.

(1) Suponen algunos escritores y biógrafos del moralista inglés, que este artículo fué espresamente escrito contra John Toland, autor deista.

(N. del T.)

BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 21 de julio.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 52-75.
Idem diferido, id., 48-75.
Deuda amortizable de primera clase, 00-00.
Idem de segunda, id., 23-85.
Idem del personal, 24-30.

CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 50-20.
París á ocho dias vista, 5-23.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,
Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

CAJA DE SEGUROS Y SEGURO MÚTUO DE QUINTAS

DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO.

ASOCIACION GENERAL PARA REDIMIR EL SERVICIO DE LAS ARMAS.

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE S. M.

Esta Sociedad tiene por objeto proporcionar recursos á los padres de familia para redimir del servicio de las armas á aquellos de sus hijos á quienes toque la suerte de soldado.—La suscripción se divide en dos clases:

1.^a Los Seguros á cuota y plazo fijo aplicables á los niños desde el nacimiento hasta que cumplen la edad de quince años, y se hacen pagando las cuotas fijas, ó anuales, que señala una tarifa especial calculada para obtener la suma de ocho mil reales, en el caso que toque la suerte de soldado al joven que se asegura; pero si éste se muere, se exceptúa ó queda libre, se devuelve al suscriptor la cantidad que impuso.

2.^a Los Seguros á cuota y plazo voluntario que pueden hacerse en todas las edades, pero se aplican principalmente á la de diez y seis á veinte años, ó sea hasta la víspera del sorteo. En estos seguros no hay cuotas determinadas; cada uno paga lo que quiere, y el importe de lo que todos pagaron se reparte entre los que salen soldados; pero según cálculo aproximado para que el reparto cubra la suma de ocho mil reales poco mas ó menos, los que se suscriban á la edad

de diez y nueve á veinte años deben pagar: 2,650 reales si residen en distritos donde puedan suponerse cuatro mozos útiles por soldado, 3,500 en los distritos en que la proporción se aproxime á tres mozos útiles por soldado, y 5,250 en aquellos donde no pase de dos mozos útiles por soldado. En las edades anteriores la cuota es menor, de donde resulta que la mayor ventaja está en suscribirse antes.

Con estas cuotas pueden aspirar los que les toque la suerte, á percibir la suma necesaria para redimirse, ó acaso mas, y á los libres quedarles en depósito una reserva suficiente quizás á asegurar el riesgo de las edades sucesivas, y si es favorable la suerte, al reparto de algun sobrante.

No se exigen al tiempo de suscribirse derechos de gerencia ni mas gasto que diez rs. por la póliza y el importe del sello correspondiente.

En toda clase de seguros se hacen por el Establecimiento fundador de la CAJA, anticipos para suscribirse con condiciones ventajosas y sin mas garantía que la póliza hasta la víspera del sorteo, en que se exige para conceder nuevos plazos.

Se suscribe y se dan prospectos y esplicaciones en Madrid, en las oficinas de la Dirección, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en provincias por conducto de los representantes de la Sociedad. En los pueblos donde no los haya pueden hacerse los seguros por medio de cartas que se dirigen á D. FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

SE ADMITEN SEGUROS PARA EL PROXIMO SORTEO.

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO MENSUAL PINTORESCO.

El Museo abraza en su inmenso programa todos los ramos del saber humano, y en la redacción toman parte, los principales literatos de España, de modo que la colección del periódico forma un album, donde se encuentran las firmas de todos los que han ilustrado con su pluma nuestra patria en la época presente.

Los números del Museo se reparten del 25 al 30 de cada mes encuadrados con una cubierta de papel

de color, en la que se inserta una crónica de París, escrita espresamente para este periódico; una revista de modas y una de teatros y noticias literarias y artísticas, de manera que bien se puede decir que las cubiertas son en realidad otro periódico.

Aunque el Museo cuenta veinte años de existencia y ha entrado en el veinte y uno, y la colección completa consta de tantos volúmenes como años, con-

viene advertir que cada volumen se vende por separado y es una obra independiente, sin mas ligazón entre sí que el título y la analogía de materias.

El precio de suscripción es 30 rs. al año en Madrid y 36 en provincia, si se hace el pedido directamente acompañando letra del importe, ó 40 por conducto de los corresponsales. Los tomos sueltos se venden al mismo precio.

Se ha repartido el número sexto del tomo veinte y uno, correspondiente al mes de junio que contiene los siguientes:

ARTICULOS.

LA FIESTA DEL ABUELO.—Leyenda de Bohemia.—INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD, por A. P.—CIENCIAS Y ARTES.—Las estrellas errantes ó corredoras, por el conde de Fabraquer.—LAS HERENCIAS DE JOSÉ.—LOS PROTOMARTIRES DE LA LEALTAD ESPAÑOLA EN AMÉRICA, por el conde de Fabraquer.—VIADUCTO DEL CAMINO DE HIERRO DE LYON AL MEDITERRANEO entre Tarascon y Beaucaire.

GRABADOS.

LA FIESTA DEL ABUELO.—LAS HERENCIAS DE JOSÉ.—Presentación del escribano Benard en el parque de José.—Dadle, hijos míos, un abrazo á vuestro pariente.—El conde de Bachtriany.—VIADUCTO DEL CAMINO DE HIERRO DE LYON.

MANUAL DE LITERATURA LATINA.

Con una breve noticia de la literatura latino-cristiana, y un catálogo de los escritores españoles que han vertido al castellano clásicos griegos ó latinos, para que sirva de complemento á toda la historia de la literatura antigua, contenida en este Manual y en el de literatura griega. Por don Salvador Costanzo. Un volumen en 8.^o, de mas de 800 páginas: 20 rs. toda la obra en Madrid y 24 en provincia.

El Romancero de la guerra de Africa, presentado á la reina dona Isabel II y al rey su augusto esposo, por el marqués de Molins. Un tomo en 16.^o de cerca de 400 páginas, que contiene veinte y seis composiciones de nuestros mas distinguidos poetas, impreso con lujo y elegancia. Precio 8 rs. en Madrid y 10 en provincia. Quedan muy pocos ejemplares.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO FRANCES.

por Mr. A. Thiers.

Veinte tomos en 8.^o de mas de 600 páginas cada uno: Precio 280 reales toda la obra en Madrid y 320 en provincias.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Baylli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pantejos; en la Americana, calle del Príncipe; en la de Gujarrío, calle de Preciados; en la Publicidad, Pasaje de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.

Ayuntamiento de Madrid

DEL VIAJERO EN ESPAÑA,

POR

D. FRANCISCO DE P. MELLADO.

NOVENA EDICION.—1863.

Contiene una noticia geográfica, estadística, histórica y administrativa del reino.—La descripción de Madrid y de las principales poblaciones de España.—Noticia de las carreteras generales y transversales que conducen de un punto á otro, espresando la distancia de la Corte á las capitales, costas, fronteras y pueblos importantes, y de estos entre sí.—La descripción de todas las líneas de

FERRO-CARRILES

abiertas ó próximas á abrirse al servicio público en España, inclusa la del Norte, y la de Bayona á París, con el nombre de las estaciones, la distancia en kilómetros y un mapa itinerario, topográfico y de caminos, aparte del texto, hecho espresamente para acompañar á esta obra.

Un tomo en 8.^o de 600 páginas, impreso con lujo y elegancia en papel superior. Precio: 16 rs. en Madrid y 19 en provincia, á la rústica. Encuadrado en tela con planchas de relieve, 19 rs. en Madrid, y 24 en provincia.

EL ANTIGUO MADRID.

PASEOS HISTORICO-ANECDOTICOS, por don Ramon de Mesonero Romanos. Un tomo en 8.^o mayor de 500 páginas, de impresion esmerada, en buen papel, adornado con grabados y láminas aparte del texto grabadas en piedra, que representan los sitios, plazas y monumentos mas notables. Precio 34 rs. en Madrid y 38 en provincia.